

## CAPITULO CCXI.

Acontecimientos en el resto de Europa.—Disposiciones tomadas por las Cortes.—Asesinato del canónigo Vinuesa.  
Sucesos de América.—Nuevos conflictos.

VEAMOS qué era lo que había sucedido en el resto de Europa que tanta influencia podía ejercer en la situación de España.

El general Frimont, al frente de sesenta mil austríacos, ocupó la ciudad de Nápoles en el mes de marzo, y disolviendo el Parlamento, dió un golpe terrible al partido constitucional, que se confirmó doblemente, poco después, con la derrota de los piemonteses en Novara.

Como quiera que, al mismo tiempo, en el Congreso de Laybach las grandes potencias mostrábase acérrimamente contrarias al movimiento verificado en España, llegando al extremo Rusia de atribuir lo ocurrido á la conducta de Fernando VII desde 1814 á 1820, suponiendo que todavía obró el Monarca con demasiada bondad, el marqués de Matallorda, emigrado en Tolosa á consecuencia de sus opiniones antiliberales, dirigióse por medio de una exposición á los embajadores de Austria y de Rusia, diciéndoles que aquello era una calumnia y pidiéndoles la protección de sus respectivas naciones, con objeto de libertar al Rey del cautiverio á que le había sujetado una revolución militar.

Puede comprenderse, por estas ligeras indicaciones, la situación poco favorable en que el nuevo orden de cosas establecido en España se encontraba.

Y á todo esto, dice un historiador moderno, nuevos excesos y turbulencias justificaban más y más los temores sobre el crítico estado de la Península. El prelado de Tarragona fué desterrado del reino é igual suerte cupo á los de Oviedo y de Menorca. En Barcelona, estallando gran alboroto á la llegada de algunos emigrados italianos, pidióse el destierro de los serviles, y calificados arbitrariamente con este nombre, muchos ciudadanos contra quienes no pesaba cargo alguno delante de la ley, fueron embarcados y conducidos á las Islas Baleares. Entre los expulsados estaban comprendidos el obispo D. Pablo de Schar, el baron de Eróles, los generales Sarsfield y Fournás y otros personajes. El jefe político de Galicia, secundando el movimiento de la plebe, prendió á más de cien personas, y conduciéndolas á la Coruña, donde corrieron inminente riesgo de sucumbir bajo el puñal de la gente bulliciosa, las envió á Canarias hacinadas en miserables barcos.

No seremos nosotros los que trataremos de defender nunca los excesos cometidos por las masas populares en determinados momentos, ni las demasías ó atropellos á que se entreguen las autoridades, cediendo á determinadas sugerencias; pero sí diremos, que nada de particular tenía aquella fermentación, digámoslo así, aquel estado de agitación en que se hallaban las masas populares, cuando estaban viendo la inestabilidad del sistema nuevamente creado, sistema que desde sus primeros momentos parecía que se había intentado destruir.

Como que el Monarca había cedido, obligado más bien por las circunstancias que por verdadera convicción, tomábanlas de su mismo proceder y de su mismo modo de pensar los partidarios del antiguo régimen, y se movían y se agitaban, trataban de desacreditar á la revolución, conspiraban contra ella y contribuían en gran manera al sostenimiento de una alarma que no podía menos de producir, á no tardar mucho, disgustos de consideración.

Los agitadores perpetuos que en todas las situaciones y en todas las épocas han existido, tal vez movidos por bastardos intereses ó cegados quizás por su propia exaltación, llevaban el movimiento á las masas populares, y el malestar cundía y el disgusto aumentaba.

El clero, con muy raras excepciones, estaba declarado abiertamente contrario á las disposiciones del Gobierno, y esto, como fácilmente puede comprenderse, había de producir sus naturales y legítimos frutos.

Las partidas realistas recorrían varias provincias.

En vano el Empecinado había derrotado en Salvatierra á Merino y en vano también las Cortes habían dado una amnistía después de aquella derrota.

Los ánimos habían ido enconándose extraordinariamente, las pasiones estaban cada día más exacerbadas y la insurrección parecía que tomaba carta de naturaleza en las Provincias Vascongadas, donde el establecimiento de aduanas había sido desfavorablemente acogido y donde se consideraban atropellados los fueros y ultrajadas sus libertades.

Esta misma fermentación de las Provincias reinaba en Madrid con mayor violencia, y al esparcirse la noticia de que el canónigo de Tarazona, D. Matías Vinuesa, preso por conspirador, no había sido sentenciado más que á diez años de presidio, exaltáronse los ánimos, amotinóse la plebe, comenzaron á exhalarse de ella gritos de muerte, fueron engrosándose las turbas, y finalmente, como que la autoridad no pudo ó no supo contener á tiempo el tumulto, desbordóse éste, presentóse ante las puertas de la cárcel, atropelló la guardia y llegando al calabozo, donde Vinuesa había caído de rodillas, al escuchar las amenazas de muerte, de dos martillazos en la cabeza y diez y siete heridas de arma blanca, pusieron fin á su existencia.

Desde allí lanzáronse los tumultuosos á la casa del juez, que apresuradamente se había puesto en salvo, donde también se cometieron

algunos excesos, no pudiendo ménos de llamar la atención que las autoridades se mostrasen tan apáticas ante unos acontecimientos dignos únicamente de general reprobación.

«Lúgubre aspecto presentaba Madrid, dice un historiador contemporáneo; el terror se había apoderado de los ciudadanos pacíficos ante la apatía de las autoridades; en palacio se tomaban bélicas disposiciones para resistir con la fuerza los atentados que se temían, y si bien Martínez de la Rosa y el conde de Toreno elevaron, al día siguiente, su voz en las Cortes, abominando el exceso cometido, no faltaron las de Romero Alpuente, Gólfín y Moreno Guerra para santificarlo.»

El Ministerio expuso á las Cortes, en nombre del Rey, el sentimiento que aquello le había producido, y consecuencia de estos sucesos fué la entrada de Feliu en la Secretaría de Gobernación, el nombramiento de D. Pablo Morillo para Capitan general de Castilla la Nueva, en reemplazo de D. Ramon Villalba, y el del general Copons para la jefatura política de Madrid.

El nombre de D. Pablo Morillo que, como sabemos, había estado mucho tiempo en América, nos obliga á decir algo de aquellas colonias, á las cuales hemos consagrado ya algunas líneas en capítulos anteriores.

Mientras en Buenos-Aires, donde había cesado por completo el dominio español, peleaban con encono los diferentes jefes que trataban de alzarse contra el Gobierno, procuró el virey Pezuela, en el Perú, poner por obra las instrucciones que se le habían dirigido de la Península, haciendo ver á los insurgentes, con quienes consiguió transigir, las ventajas que les reportaría el cambio de instituciones.

Ocho días duró el armisticio celebrado, pero sin ningun resultado; empezaron otra vez las hostilidades, que fueron infaustas en un principio para los peninsulares.

Agravaron la situación la sublevación de Guayaquil, la pérdida de la fragata *Esmeralda*, apresada por lord Cochrane, la incansante deserción de jefes, oficiales y soldados y la derrota sufrida en el cerro de Parco por la division del brigadier O'Reilly.

La pérdida de Trujillo, donde se sublevó el intendente marqués de Torre-Tagle, facilitando á los que se levantaron la posesión del Norte del Perú, no compensó las ventajas conseguidas por Ricafort en Huancacs, Huamangs, Huarcorvelica y Huarvehiri.

D. Baldomero Espartero, comandante del batallon del Centro, frustró la tentativa para arrebatar á los españoles la villa de Osuro, que era depósito de grandes almacenes, manifestando estas conspiraciones el siniestro espíritu que empezaba á corromper á las tropas y el prestigio que se veía habían cobrado los insurgentes.

Pezuela se vió precisado á hacer dimisión y embarcarse para España, obligado por el incremento que tomó la insubordinación, sucediéndole en el mando el general La Serna, que dispuso inmediatamente la evacuación de Lima, verificándose ésta en julio de 1821, después de inútiles ventajas que alcanzó el coronel Valdés y el brigadier Ricafort y otras varias negociaciones inútiles entabladas con el general San Martín por D. Manuel Abren, que estaba autorizado por el Gobierno de la Península para ajustar un tratado con los insurrectos.

Otra nueva desgracia para los españoles fué la pérdida del Callers, que se rindió por capitulación en setiembre del mismo año.

Lord Cochrane, en Chile, se apoderó de Valdivia á principios de 1820, y á pesar de que Benavides, comandante general, se defendió con denuedo en varios puntos, la division y lo encarnizado de la guerra hacían en extremo apurada la situación de los españoles.

Una vez que tuvo noticia Morillo del pronunciamiento de la isla de Leon, entabló negociaciones con los caudillos insurgentes, firmándose el armisticio de Trujillo, que había de durar seis meses, embarcándose un mes más tarde, ó sea en diciembre de 1820, para la Península.

La partida del general conde de Cartagena produjo universal sentimiento en todos los pechos españoles, interesados en la pacificación de las posesiones americanas, y no tardaron los hechos en confirmar los tristes presentimientos que aquel suceso hizo nacer, pues apenas nombrado sucesor del saliente, D. Miguel de la Torre, en mayo de 1821, Bolívar rompió las hostilidades, perdióse la plaza de Cartagena de Indias, sublevóse la provincia Maracaibo, rindióse Caracas, las fuerzas españolas fueron derrotadas en la llanura de Carabobo, y desde entonces pudieron considerarse ya las provincias Venezolanas completamente emancipadas.

Como se ve por la anterior pintura, las cosas no podían ir, interior ni exteriormente, peor de lo que marchaban para los españoles.

La inquietud, el malestar, las turbulencias, los desórdenes y los crímenes que esto acarrea eran generales dentro de España, y las mismas causas trascendían de la nación para llevar sus funestos resultados á las colonias, de las que la bandera española iba sucesivamente desapareciendo, mientras la madre patria, desgarrado el seno por intestinas discordias, no podía dedicar á reconquistar su poder en América las fuerzas que la hacían malgastar sus propios hijos.



J. SERA. LP.

L. VIDAL. S. PABLO. 72.

ITÚRBIDE Y EL VIREY O-DONOJU PACTAN LA INDEPENDENCIA DE MÉJICO.

## CAPITULO CCXII.

Sucesos de Méjico.—D. Agustín Iturbide.—Continúa Fernando VII en el Real sitio de San Ildefonso.—Cambios en el Gobierno.  
Los exaltados.—Trastornos en provincias.—Alborotos en Madrid.

Al tenerse conocimiento en Méjico del cambio ocurrido en España por consecuencia del pronunciamiento de las Cabezas de San Juan, encendiéronse los ánimos, y en el mes de febrero de 1821, como ya dejamos indicado en otra parte, el coronel D. Agustín Iturbide, hallándose en el pueblo de Iguala, dió el grito de rebelion.

Uniósele gran número de mejicanos, declaróse la emancipacion y el virey D. Juan O'Donoghú, que había sucedido á Apodaca, se puso de acuerdo con Iturbide en el mes de agosto, fijándose, como condiciones de su arreglo, que aquellos dominios serian declarados y reconocidos como imperio independiente, que ó bien el Monarca español ó alguno de los infantes, ocuparan el trono con el título de emperador constitucional, que se formase una Junta provisional gubernativa y una regencia interina de tres individuos, que se convocasen Cortes Constituyentes, y que pudieran salir libremente del país todas las personas que lo desearan, así como las tropas españolas.

Merced á esto se pacificó todo aquel territorio, dándose parte á Fernando VII de lo ocurrido.

Este, que por evitarse los disgustos que en Madrid tenía, seguía residiendo en San Ildefonso, cada vez peor avenido con el sistema constitucional, sin comprender que violaba las fórmulas establecidas por el Código vigente, exponiéndose á lo mismo que ya en otra ocasion le sucediera y sin consultar para nada á los demas ministros, admitió la dimision del de la Guerra, D. Tomas Moreno, y por sí y ante sí nombró al general de Marina, Contador, el cual se excusó con sus achaques y su edad, nombrándose en su consecuencia al general Rodríguez.

El ministerio entónces presentó la dimision, que el Rey se negó á aceptar, y la agitacion que esto produjo obligó al Ayuntamiento y á la Diputacion de Cortes á suplicar al Monarca que regresase á Madrid á fin de aquietar los ánimos.

Fernando, visto el sesgo que tomaba la cuestion, negóse de nuevo á aceptar la dimision del Ministerio, y finalmente se nombró para la Secretaría de Guerra al general D. Estanislao Sánchez Salvador.

Fácilmente puede comprenderse que no era esta conducta del Monarca la más á propósito para serenar los ánimos, ya de sí bastante alterados, y en la Fontana de Oro, punto donde se reunían los más ardientes corifeos del partido exaltado, escucháronse violentas y furibundas declaraciones, incitando al pueblo al tumulto y á la guerra civil.

En su violenta exacerbacion anatematizaban aquéllos al trono y dejaban entrever sus tendencias republicanas, aun cuando no las confesaban con franqueza.

Prodújose un motin contra un preso, sentenciado á diez años de presidio por haber conspirado contra la Constitucion, y como la resuelta actitud de las autoridades hizo fracasar el intento de los amotinados, dirigiéronse entónces contra unos Guardias de Corps que estaban encerrados en el convento de San Martin.

Por más que el piquete que defendía el edificio trató de contener á las turbas, próximas se hallaban éstas á conseguir su propósito cuando Morillo lanzóse sobre ellas y las dispersó.

Nuevas y más furibundas tempestades provocó en la Fontana la conducta del General, y á tal estado llegó la influencia de aquellos audaces agitadores, que Morillo renunció el mando, pidiendo ser juzgado por un consejo de guerra; reunióse éste, y absuelto de todo cargo el General, volvió segunda vez á ocupar su puesto.

Mientras esto sucedía en Madrid, tampoco las provincias se hallaban muy tranquilas, y en Barcelona y en Zaragoza tambien existían elementos en combustion que podían, en momentos determinados, proporcionar graves disgustos.

En la primera de ambas ciudades, la opinion pública había tomado un carácter distinto del dominante en el resto del Principado, por cuyo territorio vagaban multitud de partidas realistas, y el partido exaltado contaba con una fraccion importante en su seno.

Las ideas liberales dominaban en la ciudad, y áun cuando á la sazón hallábase abatida por las víctimas que estaba causando la fiebre amarilla importada por un buque sueco, que llegó al puerto, descubrióse una conspiracion dirigida por un tintorero frances llamado Jorge Bessieres, cuyo objeto era proclamar la república.

El consejo de guerra le condenó á muerte, pero esto produjo una excitacion tal, y tales trastornos se temieron, que el auditor, amenazado de muerte, consultó al tribunal especial de Guerra y Marina, y se le conmutó la pena en destierro que, por impedirlo el cordon sanitario formado á consecuencia de la epidemia, se convirtió en prision en el castillo de San Fernando.

En Galicia tambien había chispas del mismo incendio, y en Zaragoza D. Francisco Villamor trabajaba en el mismo sentido, un tanto alentado por el general Riego, que á la sazón andaba recorriendo la provincia.

El Gobierno destituyó á Riego, destinándole de cuartel á Lérida, y áun cuando intentó desobedecer, no tuvo más remedio que resignarse, sustituyéndole D. Miguel de Alava.

«Sabidos en Madrid estos sucesos, dice un historiador, llegó á su colmo la indignacion de los exaltados, y los oradores de la Fon-

tana, clamando que el Ministerio se había vendido á la Corte para derrocar el sistema constitucional, concitaron á la plebe á nuevos tumultos, como en desagradio de la ofensa inferida á su ponderado héroe. La puerta del Sol volvió á resonar con gritos de muerte; en su frenesí, proponían los amotinados marchar á San Ildefonso, donde se hallaba aún el Rey, y traerle por fuerza á la villa; mas, por último, se desvaneció el motin sin haber causado desgracias. Reprodújose en 18 de setiembre, luégo que los de la Fontana hubieron mandado pintar un cuadro representando á Riego con el mismo uniforme que llevaba cuando entró en Sevilla, teniendo en una mano el libro de la Constitucion, y encadenando con la otra los monstruos de la tiranía y de la ignorancia, cuadro que había de ser paseado en procesion cívica, tributándosele los honores del triunfo. Inútilmente quisieron oponerse á ello las Autoridades: el alcalde Surra fué maltratado en la Fontana; las tropas, tendidas por las calles, se manifestaron vacilantes y débiles, y la procesion empezó su paseo con gritos de venganza y júbilo. En la calle de las Platerías le salió al encuentro San Martin, á la cabeza de una compañía de granaderos de la Milicia, la atacó á la bayoneta, arrebató el cuadro que habían dejado caer al suelo los que lo sostenian, y puso en desorden la muchedumbre, devolviendo momentáneamente la calma á la aterrada villa. La severa represion de esta intentona de los exaltados, quizás ni tan inocente ni tan cándida como á primera vista parece, puesto que se dijo ser el verdadero objeto del movimiento proclamar la república con un triunvirato militar, compuesto de los generales Riego, López-Baños y Ballesteros, aterró por corto tiempo á las sociedades secretas, que ni desplegaron tanta audacia, ni estuvieron tan concurridas. La Corte parecia haber recobrado hasta cierto punto el sosiego de días más venturosos; y así, pudo el Rey trasladarse á ella sin recelo desde San Ildefonso, el 22 de setiembre, para realizar seis días despues la apertura de las Cortes en la legislatura extraordinaria que, á peticion del Ayuntamiento de Madrid y de otras corporaciones había, aunque con repugnancia, convocado. El Monarca dijo «que reclamaria su cooperacion si lo exigieran las circunstancias;» contestándole entónces el Presidente que «la nacion española, que aborrecía el despotismo tanto como la desastrosa anarquía, no podía entregarse á la desenfadada licencia.»

Martínez de la Rosa redactó la respuesta del Congreso y en ella se decía, entre otras cosas:

«V. M. hallará en los representantes de la nacion los más celosos promovedores de la felicidad pública, elevada sobre los dos polos de la libertad y del orden.»

Y continuando en este mismo sentido, decía más adelante: «Las Cortes bastan á ahogar las criminales esperanzas, á reprimir el ímpetu de las pasiones y á calmar los motivos de inquietud y recelo; infundiendo seguridad á los buenos, temor á los malos, fuerza á las leyes, valor á las autoridades, y formando un muro impenetrable alrededor del trono, le librarán igualmente de que la arbitrariedad lo socave y de que le conmueva la anarquía.»

Verdaderamente que semejantes propósitos no pueden ser más que dignos de loa; sin embargo, la fuerza de las circunstancias tenía que encargarse bien pronto de inutilizar tan laudables deseos. Las turbulencias interiores producidas tanto por las calamidades públicas, como por las discordias civiles, hubieron de hacer que las Cortes se distrajesen de sus propósitos.

Bajo el pretexto de la fiebre amarilla, Francia había formado en la frontera un cordon militar, sobradamente numeroso y que llegó por lo tanto á inspirar recelos á los liberales.

La fiebre amarilla no decrecía en intensidad, y ya se había extendido por el litoral, causando considerables víctimas.

Los encojos políticos iban en aumento, las partidas acrecían en bríos, y D. Rafael del Riego dirigía al Gobierno en los últimos días de setiembre una representacion, en la cual, en lenguaje un tanto irreverente y descomedido, afirmaba que si no hubiese sido por él, la nacion no disfrutaria de las ventajas que le reportaba el sistema representativo.

El día 24 de octubre, santo de Riego, celebróse con insultos y desafueros tanto en Madrid como en otras poblaciones, y á la par de esto, dice un historiador, «la Congregacion apostólica desde Roma, influía poderosamente en el Ministerio de las Tullerías en contra del Gobierno de España; nacían aquí las sociedades secretas realistas del Angel exterminador, de la Concepcion y otras muchas, y agentes de Fernando VII y personajes importantes del partido antiliberal, se agitaban activamente en el extranjero, disponiendo planes y empresas.»

Y razon tiene el historiador citado, porque difícilmente registra la historia una época tan calamitosa como la de que vamos hablando, pues parecia que todos, Monarca y hombres políticos, pueblo y corporaciones, y hasta la misma naturaleza, trabajaban de consuno para aniquilar y destruir la tranquilidad, el bienestar y la riqueza de la nacion.

En medio de tantas calamidades, al hervor de todas las pasiones terriblemente exacerbadas, verificábanse las elecciones para la legislatura de 1822 á 1823.



INSURRECCION DE LA MILICIA DE VALENCIA.

Riera, editor Barcelona. Robador. 24 y 26.